

viajan, llevan sobre su frente la barretina, no como símbolo de discordia, sino como diadema de honor, y al volver á sus lares, muestran como preseas, no restos de vencidos á disparo de mosquete ó bombar-da, sino ofrendas de conquistados por el afecto y la idealidad.

El Orfeón tarraconense es fiel á la iniciativa gloriosa del inmortal Clavé. Genio fué, y nada divino á sí juzgó ajeno. Músico, supo democratizar el pentagrama; moralista, apartó á los trabajadores de la tasca, para llevarlos á la plaza pública y al proscenio; sociólogo, formó un lazo de unión entre todos los pueblos del planeta, dotándoles de un instinto común y de un universal y más que prodigioso lenguaje. No será solamente en Madrid donde el de Tarragona ahora y luego el maravilloso y perfecto «Orfeo Catalá» oigan aplausos; adonde quiera que vayan los inspirados orfeonistas, oirán los mismos vítores, porque representan la humanización de los pueblos, hasta ahora rivales por ceguera ó por sumisión idólatra á sus amos ó á sus fetiches; el Arte imperando sobre la tosquedad y pobreza de alma; la civilización haciendo en lo futuro imposible la guerra por la comprensión mutua. Amarlo todo es comprenderlo todo.

Bien venidas sean las barretinas á la Puerta del Sol. Traerán á ella el perfume de las tierras dolientes, el aroma de las flores agrestes que esmaltan los heroicos campos de Cataluña. Llevarán el hervor de la vida moderna, que no es odio, ni rivalidad, ni desconocimiento insensato, sino que es pensamiento y actividad y paz redentora, enaltecedora y perdurable.

LOS CARRITOS

Hace frío. El cielo ha granulado sus invernales opacidades de fanal turbio, y una llovizna desapacible cae en filamentos sobre el empedrado, removiendo el légamo y formando con él charcos cenagosos. Las mujeres pasan rápidamente, recogiendo sus faldas, bajo las cuales los bordados y los encajes espumean. Ahora es cuando se admira toda la hermosura, toda la gallardía del mujerío barcelonés. En el olor á tierra húmeda, hay siempre algo de sensual y femenino, como en el aroma que aspiramos al contacto de una mujer, hay siempre algo que nos recuerda la tierra engendradora. Pese á los poetas meridionales, nada como un cielo nuboso, como un suelo empapado en agua tibia y saturado de aromas enervantes, nos recuerda el lema de todos los tiempos: fecundidad. La lluvia misma es una cópula de las cosas que yacen y las cosas que flotan. ¿Qué extraño es que al verla caer sintamos un ansia de renovación que no es sino el arcano mismo de la vida?



Sobre el suelo enfangado, con rapidez de gnomos, arrastrados por minúsculas y saltadoras bestezuelas, corren por todos lados los carritos de repartir. Son ciento, mil, diez mil acaso. Tienen todas las formas bizarras que ha podido imaginar un mercantilismo poético. Sí. En el carrito de repartir aparece un aspecto nuevo del comerciante: el de soñador. Se vive

CAPILLA ALFONSINA

la prosa en el mostrador, en el escritorio, en la fábrica. Pero llega un momento en que hay que exteriorizar todo el afán estético, toda la pasión plástica. Entonces aparece el carrito coquetón, delicado, ligerísimo, grácil y aun á veces fantástico. Aquello no es sólo un instrumento de ganancia: es el de recreo de los niños, la delicia de la compañera de nuestros ocios, el deleite de toda la familia. En él se irá á la torre ó al campo en los tonificantes días de sol. Al menos, colocaremos en él las banastas que llevarán las viandas bien olientes en nuestras excursiones abriñanas. Ha de recordar nuestra industria, nuestros desvelos, pero también nuestros goces legítimos é infantiles. Por eso, la verdadera Barcelona, la que trabaja y vive y se agita; la que en el seno del hogar sufre y disfruta y llora y ríe, y conserva los objetos tradicionales, y hace de la familia un culto, está retratada en los coches de repartir.

Adoptan todas las formas imaginables, y son cabal muestra de la multiplicidad de los caracteres y gustos. Reflejan, en suma, la personalidad de los dueños. Unos son austeros, de severa forma y hechos para la pompa y renombre de la razón social. Van arrastrados por soberbios y engallados troncos. Sobre su ligera cubierta resplandece el barniz charolado ó se destacan las inscripciones áureas que dan cabal idea de la prosperidad de quien los lanza á la admiración pública. Esos no sirven para las excursiones campesinas. Sus poseedores parecen menos sinceros y más fríos. Mas no les hagáis caso. Los picarones que las echan de austeros tienen otros carruajes que van al campo ó al paseo de Gracia, como diría el poeta moderno, *empavesados de sombrillas*. Otros recuerdan

las frescas y rientes costas de Levante, con su toldo que cubre los aterciopelados asientos movibles. Buscáis en ellos una faz seductora; os asomáis y veis dentro un montón de paquetes. Tal vez tejidos, quién sabe si legumbres. Al día siguiente, volvéis á ver el cochecillo y, al acercaros para contar las mercancías, veis dentro una turba de niños sanos y mofletudos que se ríen en vuestras barbas, cuando no una mujer hermosa que os mira indulgente, como diciendo: ¡Infeliz: no sabe lo que es la familia ni salir de paseo en el cochecito *dels que s'estiman!*

Hay otros vehículos más humildes. Son verdaderos carros campesinos. Pero más lindos, más coquetones; el burrito que los arrastra es limpio, luciente, lleva su collarcito argénteo de cascabeles y vuelve de vez en cuando la cabeza, como acostumbrado á oírse llamar por voces de mujer y de niño, lindamente timbradas, y á dejarse acariciar por manos muchísimo más finas que las de aquel *noy* que los guía. Estos carritos, ¿lo creeréis?, son los más alegres, con sus saltos de cabra de Dinorah y su jocoso cascabeleo. Es la industria pequeña, y lo pequeño es también lo de todos. Pero de todos será el porvenir.

Siguen los pequeños volquetes. En ellos hacen sus mudanzas los pobres, cuando no pueden pagar el *lloguer*, cuando llega ese día en que se aproxima el triste desahucio. Pero también en ellos son transportados los materiales para la modesta vivienda, todas las mercancías baratas que han de sustentar al obrero; los *jerros de llet* que han de alimentar al enfermo, á la abuela anciana, al niño enfermo y triste. Esos no corren, no saltan; pero hacen su camino. En ellos vendrán las frescas verduras y volverán las com-

pras semanales. Son los más, y ¿quién sabe si serán los mejores?

Y quedan los carritos de mano. ¡Triste condición la del menestral! Pero su dignidad queda á salvo. No tira: empuja. Empuja las frutas que deslumbran sobre los prolongados tableros, los paquetes de libros, de chucherías, de mercancías ambulantes. Hay que mirarlos con afecto y también con cuidado. Los tendréis el día menos pensado encima, cuando oigáis la voz burlona del aprendiz ó del mandadero que os diga ante vuestra torpeza:—¡Eh, *senyoret!*

Son deliciosos los carritos. Más que todos los grandes equipos, más que las suntuosas berlinas y carretelas, ó los *landeaux*, *charrettes* y *mail coaches*, adoro los cochecitos de portear. Son más democráticos y despiertan la idea de algo más tierno. Sobre todo: cada César tiene su Virgilio que le cante su *Nocte pluit tola*. Dejadme á mí que cante lo humilde, lo sencillo, lo que no puede ser interesado. Allá van mis estrofas, y después... *fereat alter honores*.



Además, yo voy siempre á pie. Por no tener, no tengo ni carrito de portear. Mi voto, pues, es desinteresado, excepto en esos días de espesa llovizna, de negros barrizales; entonces, ante las mesas del Liceo, en donde apuro mi taza de café humeante, detiéndose de pronto un hermoso *milord* ó una elegante y discreta berlina. Se abre la portezuela; aparece una espléndida figura de mujer. Un menudo pie se adelanta y una mano enguantada recoge un vestido perfumado y sedoso. Entonces, ¡adiós cochecitos modes-

tos! Mi atención es para el estribo de aquel carruaje aristocrático. Pero *honi soit qui mal y pense*. Si no observara, como buen transeunte, ¿de qué diantres habrían de servir mis frágiles notas?

Barcelona.

DE VUELTA

Salimos de Barcelona en martes. Por primera vez, después de algunos días de interrupción, queda expedita la vía por Villanueva; en cambio, parece que se ha hecho imposible el tránsito por Villafranca, en donde una tormenta de agua formidable ha vuelto á anegar los campos. Hace cuatro días vimos destruidos los sembrados en Molíns del Rey, San Feliú, Despí, Cornellá y todos los pueblos de la ribera del Llobregat. No era posible, á primera vista, darse cuenta de la magnitud del desastre. Pero, lo mismo que en Manresa, han venido á tierra cuantos edificios se alzan en la margen del río; los campos han sido anegados, y las aguas saladas del Cardoner se han filtrado hasta la raíz de los árboles y plantaciones, destruyendo sus gérmenes de vida.

No hay que decir que la vía se halla también cortada por Manresa. Una excursión á pie desde San Vicente, con agua y fango á la rodilla, ha bastado á procurarme una sensación de horror y angustia. La destrucción es en muchos parajes total. Del cielo han caído, y continúan cayendo, verdaderos torrentes, y toda la hermosísima vega se hunde convertida en ce-

BIBLIOTECA ALFONSIANA

magoso pantano, en donde el tifus ha comenzado á desarrollarse. Por todas partes llegan nuevos lamentos de familias que quedan sin trabajo y sin pan. Solamente en Manresa, los obreros faltos de faena por el hundimiento de las fábricas pasan de seis mil.

Salimos, pues, por la línea de Villanueva-Caspe, y con precaución extremada cruza el convoy las llanuras del Prat. Toda la tierra de la vía ha sido proyectada sobre las colindantes; bajo el fango aparece tronchado y descuajado el maíz. A cada kilómetro, el tren se detiene ó modera su marcha, ya lenta. Centenares de obreros trabajan en la recomposición de la vía. Pasar por estos sitios parece á muchos una verdadera temeridad.

Una nube negra, apocalíptica, se presenta hacia el Sur. Llegamos á la orilla del mar; un mar que no parece el Mediterráneo, negro, embravecido, que estrellaba sus aguas contra las rocas y levanta hasta muchos metros sus espumas, como pudiera hacerlo el Cantábrico en los días tempestuosos de invierno. Comienza á llover: primero, mansamente; luego, á torrentes; después, en trombas, y todos tememos que la lluvia apague los fuegos de la máquina. La situación va empeorando. ¿Adónde llegaremos? Nadie lo sabe; pero todo el mundo va convencido de no llegar adonde se propone en tres días.

De esta manera llegamos á Reus, inundado también por la lluvia. Se nos dice que por la calle de Monturiol ha bajado furioso un río sin nombre, formado por las próximas anegadas vertientes. A derecha é izquierda, los surcos están señalados por arroyos, menos en ciertos sitios, donde el agua se extiende formando estanques, lagunas y ruideras que besan

la vía, desmoronando las trincheras y terraplenes.

Cruzamos los imponentes túneles de Dosaiguas y Ríudecañas. La obscuridad es interminable, porque la marcha es lenta y pensosa. Dos estaciones más, y el silbato anuncia la llegada á Mora la Nueva.

Esperamos el cruce con un mercancías que no llega. Los empleados de la estación se encierran en inexplicable mutismo. Por fin, se nos anuncia por un peatón que se ha hundido un puente cerca de Ascó; que la vía está sumergida en un espacio de tres kilómetros; que el Ebro viene desbordado, y que en Mora la desolación es inmensa, porque el río ha destruído las huertas, ha derribado treinta casas y sigue subiendo adonde no subió hace ciento diez años, al sitio indicado por una señal que ahora está sumergida á cinco ó seis metros.

Al puente. Dos kilómetros á pie sobre el fango. Lo destruído es un paso de alcantarilla; pero el puente parece agrietado. El espectáculo es imponente. Leguas de terreno desaparecen inundadas, y sobre la inmensa sábana líquida asoman aleros, copas de robles y de avellanos; las aguas reflejan la luz difusa de la tarde invernal, y sobre ellas pasan flotando troncos de árboles, barriles de vino y aceite, tablones, vides y animales muertos. Sobre un tejado manotea una familia de campesinos, á la cual no hay medio de socorrer. Esto aumenta el horror y la angustia. Bajo los pies crujen las maderas podridas del puente. En la estación, sin duda, se dispone algo urgente. Hay que regresar.

Ha llegado el alcalde, D. Antonio Solé Torné, y los vecinos Sres. Costa, Pasanáu y Solé, poniéndose galantemente á disposición de los viajeros. Pero lo

urgente es socorrer á cuantos están en peligro. Se sabe que ha habido desgracias personales; algunos labriegos se han negado á salir de sus chozas, y ha habido que arrancarlos á viva fuerza de sus viejos enseres: del *llit* en que murieron los suyos; del *bresols* de *futxe*, en donde dieron los primeros vagidos sus netezuelos.

Los viajeros protestan contra la pasividad del jefe de estación, que no dispone el pronto regreso á Barcelona, antes de que queden interceptadas las líneas. El jefe es un buen señor, que realmente tiene derecho á haberes *pasivos*. Algún empleado se permite con los viajeros burlas y chanzonetas. Quien toma las cosas en serio es el encargado del *restaurant* y de la cantina. Un vaso de agua, un real; una rebanada de pan, dos reales; una jícara de café puro, cuatro; un caldo, un minúsculo filete de carne y medio cuartillo de vino, cinco pesetas. Algunos viajeros con familia se deciden á alquilar casas en el pueblo, y en ellas se instalan, con gran regocijo de los aragoneses, que en esta ocasión, como en todas, dan la nota confortadora y alegre de sereno estoicismo y de valiente resistencia á la adversidad.

Desde la plaza de Mora, la visión de la vega y el río es dantesca. La corriente todo lo arrasa, y nadie es osado á franquearla en barca. Hace tiempo, se pensó en construir un puente, presupuesto en doscientos mil duros. Mejor es que no se haya construído. No hubiera demostrado mayor solidez que el de Tortosa, deshecho por las aguas del río. Las mujeres y algunos hombres lloran. Aquel inmenso espejo, que se extiende donde la vega fué, es la miseria, el hambre, la desolación y la muerte.

Y el agua sube. De pronto, al lado de la plaza, en el mismo sitio en que todo el mundo se agrupa para contemplar la luminosa lejanía, digna de un pincel inspirado, se viene abajo un muro con formidable estrépito. Las aguas, roto el dique, lamen la entrada de la plaza, que está á doce metros sobre el cauce ordinario. Se produce confusión espantosa. Otra casa se viene abajo. Es la cuarenta y dos.

Una dolorosa opresión, una sensación de angustia suprema, parece aniquilarnos al pensar en lo que en Mora ocurre, en lo que está ocurriendo en toda Cataluña. Lo que no hay palabras ni ideas para representar es la magnitud del desastre. No es un río el que se desborda: son doscientos, improvisados por el nuevo diluvio, que no lleva trazas de cesar.

Enfrente de Mora la Nueva, al otro lado del inmenso y transparente lago, se encuentra Mora de Ebro, en donde, sin duda, se lloran análogas desdichas, adonde no es posible llevar socorros á la población trabajadora, que ahora parece tranquila, feliz, con sus copudos avellanos y almendros, asomada al lago en apariencia riente, como un arrabal ginebrino.

Doce horas después de llegar el tren á Mora la Nueva, se dispone la salida de uno especial para Barcelona, adonde marchan los más tímidos ó aquellos á quienes las ocupaciones no apremian. No sabemos si llegarán. El jefe nos aconseja que no salgamos hasta que sea inspeccionada la vía. Hay todavía comunicación telegráfica; pero el encargado del aparato no tiene la bondad de decirnos á qué hora, ni siquiera en qué día, tendrá tiempo de cursar los partes. Hay que resignarse y volver al vagón. La lluvia se reproduce en la obscuridad de la noche, más

fuerte, más compacta que nunca. Es una tromba que amenaza romper los cristales en añicos, y tabletea un ruido ensordecedor sobre las cubiertas de hierro.

No es posible dormir; toques y llamadas nos sobresaltan. Iniciada la aurora, otra vez al pueblo, en donde la situación empeora. A las doce y media, fatigado de presenciar tanto horror y desastre, salimos al fin para Reus, sin oír los consejos de los empleados, que nos pintaron con negros colores los riesgos probables de la marcha hace pocas horas, y ahora nos excitan á dejarlos en paz y nos despiden con demostraciones de júbilo.

El regreso á Reus es largo y penosísimo. La marcha es todo lo lenta imaginable. Más de media hora permanecemos en el famoso túnel. Los campos nos dan la sensación extraña de un viaje por las interminables laderas del Nilo.

Y llegamos por fin á Reus. Está bien; y ahora, ¿adónde? El exprés de Barcelona no ha podido pasar por Manresa. De Lérida hay noticias desoladoras. Tres correos han dejado en Tardienta las sacas de correspondencia. Se espera que de un momento á otro se venga abajo el puente larguísimo de Monzón, sobre el Cinca. Por Valencia es imposible pasar, hundido como está el puente de Tortosa.

Pero siquiera el «restaurant» es bueno y barato; el jefe, inteligente y afable. Se nos habilita nuestros billetes... ¿Para qué línea? Para cualquiera. ¿Cuándo? Cuando se presente ocasión.

Alto, cetrino, erguido y sereno el torso, algo inclinada la cabeza inteligentísima bajo su pulcra gorra de viaje, está allí el alma de la Compañía de los ferrocarriles del Mediodía, M. Nathan Suss. Es fuerte y

pasará. Pero decididos estamos; por donde él pase, pasaremos nosotros.

Y ahora, á escribir soñoliento, nervioso, una carta. ¿Cuándo llegará á su destino? Pero Epicteto, desterrado en Epiro, ha recordado una frase de Agrippa: «No deben importarnos los estorbos que nos opone el mundo mientras procuremos no servirnos á nosotros mismos de obstáculo.»

El personal técnico nos aconseja que permanezcamos en Reus y desistamos de nuestro viaje. Pero si el personal técnico cree de veras en los peligros que con tan sombrías tonalidades nos pinta, ¿por qué no se opone á la marcha del tren? Todos nos hemos acostumbrado á la idea de que podemos aumentar el número, ya considerable, de las víctimas de la inundación. A lo que no podemos acostumbrarnos es á desandar el camino andado, como hemos hecho más de una vez, y á los pesimismos de quienes parecen llamados á animarnos con sus consejos ó á impedir paladinamente nuestras locuras. Todo esto produce una depresión en el ánimo que postra y aniquila.

De Reus á Lérida, con ser tan grande el sobresalto, es aún mayor la admiración producida por la contemplación del paisaje. A los dos lados de la vía, se extiende una interminable llanura líquida. Aquello no es un río señalado en el mapa: es una masa enorme de agua desprendida de las nubes, en violenta catarata, como la descrita en el Pentateuco; la corriente en la vía es tan fuerte, que papeles arrojados por la ventanilla corren más veloces que el tren.

Otras veces, la tierra aparece como un enorme y desolado maizal, sobre el cual arrojan las montañas cascadas maravillosas, no registra las en las guías

Baedeker, y más portentosas que las de Piedra. A la admiración sucede el horror, y al entusiasmo sigue sin interrupción el espanto. Y con todo, el temor á perder la vida se eclipsa á veces ante la conmiseración dolorosa que producen los campos fríos, las vegas anegadas, en las cuales parece que, como en Hauptman, va á sonar el eco doliente de una campana sumergida que dobla por los muertos humildes y abandonados á su infortunio.

Lérida y su campo superan en horror á todo lo previsto. De sus fábricas y sus huertas, de su magnificencia, en suma, no cabe sino decir como de Itálica: aquí fué. Una superficie en apariencia mansa, que refleja al difuso y tenue fulgor diáfano de la noche las sombras del cielo anubarrado, es cuanto queda de su grandeza. Y el tren camina lento por puentes y trincheras y llanuras y terraplenes. De un momento á otro podemos encontrar la muerte en sitios como el puente de Monzón, sobre el Cinca, y lo hemos olvidado, pensando en la inmensa catástrofe sin precedentes. Cuenta la fábula que un patriarca elegido se salvó del Diluvio. Aquel hombre era sordo y ciego, para pensar sólo en sí mismo ante el sufrimiento y la agonía de los demás.

De nuestros compañeros de viaje, cuando llegamos á Zaragoza, sólo quedan en el convoy aventurero unos cuantos. Todos los demás han ido aposentándose, conturbados, en los pueblos menos tristes ó melancólicos del trayecto. Desde Zaragoza, el paisaje es menos sombrío, la perspectiva menos dantesca, el peligro desaparece. Pero nos hemos quedado solos, y la soledad reproduce en nuestro cerebro la visión lúgubre de los pueblos hundidos en la miseria,

y la desdicha de las familias que perecieron en la corriente, del planeta perturbado por una de las más inexplicables y recias sacudidas, sin analogías desde la iniciación del período terciario.

Y así, demacrados, tiritando por el insomnio, el espanto y la lluvia que cala nuestros huesos, llegamos á Madrid, en donde termina nuestro viaje. Éste ha durado exactamente tres días.

Noviembre, 1907.

LA CRUZ DE BORRÁS

Finaba el año tres. Eran para Barcelona los tiempos de hostilidad bravia, de antiespañolismo frenético. Viñas cantaba «raccontos» en catalán; «Tonet» y la «Paula» se atrevían á dialogar en el Paralelo graves insultos contra «els forasters». El «Cu-cut» agotaba sus tiradas, y á quien se atrevía en las Ramblas á preguntar por una calle desconocida, se le contestaba invariablemente:

—«No parlo castellá.»

Todo esto producía en los forasteros una impresión de angustia. Sentirse extranjero sobre el suelo mismo de la Patria era sensación demasiado penosa para los enamorados de los ideales de fraternidad. Hay que reconocer que la hostilidad franca no se mostraba en las personas cultas, las cuales se limitaban á recomendar á los madrileños que visitasen el Ensanche, la casa de Güell, las obras del templo de la Sagrada Familia y, sobre todo, el teatro Romea.

Antes de hablar de Cataluña, lo primero era ver en el escenario á «en Borrás.»

Confieso que encontré el Ensanche «pretencioso, enlodado y «rococó»; la casa de Güell, abominable; el templo, ridículo, y algo menos que despreciable, el «Cu-cut». Así, cuando el simpático y caballeroso Sebastián Gomila me invitó por centésima vez á ver á Borrás, le acompañé á Romea con sincero disgusto, y aun creo haberle dicho:

—Este teatro no debiera ser consagrado á Romea, que era un «foraster» de mala calaña, sino á Pitarra ó, al menos, á Onofrí. De Bartrina abajo, ninguno.

Entramos en Romea; se hacía «La festa del blat», y la sala estaba desierta.

—¿Es acaso que la obra no gusta?—pregunté á Gomila; y él, contrariado, me contestó:

—No: esto ocurre todas las noches.

Borrás me pareció un actor colosal. Cuando, malherido el desdichado protagonista de Guimerá, huérfano en la vida de todo afecto, rebelde por miseria y por desamparo, cae para morir en la cama destinada á los recién casados, preparada por los viejos servidores de la casa con tanto amor, y pronuncia, balbuciente, la hermosa frase: «¡Qué blando es el «llit dels que s'estiman!»», mi juicio estaba ya formado: Borrás era uno de los primeros actores de la escena española.

Entramos en su cuarto durante un intermedio. Estaba solo con su criado. Le felicité y sonrió amargamente.

—¿Qué quiere usted—me dijo—que haga mañana?

—Lo que el público quiera—respondí.

A lo cual Gomila:

—Probablemente, el público seremos nosotros—me dijo.

Pedí «Terra baixa». Al otro día demandé «El mistic»; más tarde, «Els vells», «Bona gent», todo el repertorio hace tiempo célebre. Ya no supe hablar sino de Borrás.

—¡Vaya un actor que tienen ustedes!—decía á mis amigos.

Y todos contestaban:

—«¡Ya ho creec! ¡Colossal! ¡Mes gran que tots els de Madrid!»

Por la noche se hacía de nuevo «Terra baixa». Gomila y yo estábamos solos.

Entré en el «camerino». Borrás hablaba con Rusiñol y Guimerá. No sé si oí á Iglesias. Á este autor insigne le pidió permiso para presentarme Gomila.

—«¡Un castellá!»—contestó—. «¡Pera que me tradhuixe! ¡De cap manera!»

—¡Ea, esto se acabó!—le dije á Borrás—. Este teatro tiene que ir á Madrid. Mañana mismo Gomila y yo comenzaremos para el o activa campaña.

La nueva cayó como una bomba, ó, mejor, como un témpano. Todos los genios enmudecieron. Por fin, tras una sonrisa de amargura, si no fué de desprecio, habló Guimerá.

—«¡No, á Madrid, nol!»

Todos convinieron en que sería un gran disparate.

Comenzó la campaña. Á mis excitaciones para que viniera á Madrid el glorioso teatro catalán, contestaba Gomila con un bello artículo, que titulaba «Ger-